

Frustraciones de la vida, Parte 1

Pastor: Oscar Arocha

Abril 27, 2014

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

“Entonces pensaba: “En mi nido moriré, y multiplicaré mis días como la arena”.
(Job 29:18)

El texto leído inicia con un “entonces” o en aquella ocasión, o que se trata de una narración. Notamos que el relato concluye con un estado de bienestar o que imaginó un estado de paz y seguridad: “En mi nido moriré, y multiplicaré mis días como la arena,” esto es, estoy seguro que moriré como un pajarito en su nido.

No sería difícil imaginar su caso en tiempo presente. Un joven cualquiera criado en un hogar cristiano, hijo obediente, buen estudiante, de espíritu esforzado y diligente, de notable a sensibilidad social para socorrer al necesitado, y con una dosis no pequeña de justicia social. Y a quien la providencia le sonríe con creces. Emprende negocios sanos, ve sus ingresos aumentar con rapidez, las bendiciones le hacen rico muy rico, se abre camino en la sociedad, es altamente distinguido, apreciado de los príncipes, y de buen testimonio. Echemos un vistazo a su relato: “¡Quién me diera volver a ser como en meses pasados, como en los días en que Dios velaba sobre mí... El Todopoderoso estaba aún conmigo, y mis hijos en derredor mío” (v1,5). Tuvo una familia protegida y unida. La providencia le sonreía con grandes favores. Sus riquezas adornaban su fe. Es bien raro ver un rico Creyente. Fue un Cristiano rico y de respecto a los ojos de los gobernantes. Su personalidad estaba adornada con brillantes virtudes, fue un hombre probo, un ciudadano distinguido.

Ahora enfoquemos el verso: “Entonces Yo pensaba.” Pero todos sabemos que su realidad fue muy distinta, la miseria le abrazó en todo cuanto poseía. En breve: Aun los mejores Cristianos, y muy favorecidos de Dios, pueden ser visitados con calamidades que le lleven a un estado de casi total frustración.

Pregunta: ¿Qué importancia tiene eso para mí? En parte es lo que llamaríamos obras de la Providencia, entiéndase por Providencia la manera cómo el Creador gobierna Su Creación.

La Providencia siempre llama nuestra atención: Es Dios en movimiento. La Providencia es Dios enseñando con hechos. La Providencia es Dios cumpliendo, explicando y reforzando Su Palabra. La Providencia es Dios presentando los eventos naturales con fines espirituales, despertando nuestra atención cuando somos descuidados, recordando nuestros deberes cuando somos ingratos, llamándonos a

confiarle cuando lo dejamos para ir tras las criaturas. Como está escrito: “¿Quién es sabio? Que preste atención a estas cosas, y considere las bondades del Señor” (Salmos 107:43). La importancia para ti es esta: La Providencia trae un solo mensaje: Dios es Bueno.”

El sermón será así: **Uno**, En la situación de Job vemos algo bueno. **Dos**, Que vemos algo deseable. Y **Tres**, Es algo muy común.

I. EN ESTA FRUSTRACIÓN DE JOB VEMOS ALGO BUENO

Su Avenida o Ascenso. Antes nos parece necesario dar un breve recorrido de la situación de Job para llegar a estas palabras. El testimonio público de su situación socio económica: “Le nacieron siete hijos y tres hijas. Su hacienda era de siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas y muchísima servidumbre; y era aquel hombre el más grande de todos los hijos del oriente” (v1:2-3). Ahora oigamos, no lo que dijeron otros de él, sino sus propias palabras: “En leche se bañaban mis pies, y la roca me derramaba ríos de aceite! Cuando yo salía a la puerta de la ciudad, cuando en la plaza tomaba mi asiento, me veían los jóvenes y se escondían, y los ancianos se levantaban y permanecían en pie. Los príncipes dejaban de hablar y ponían la mano sobre su boca; la voz de los nobles se apagaba, y la lengua se les pegaba al paladar” (v29:6-10).

Además tuvo algo mucho mejor que todo esto: “El oído que oía me llamaba bienaventurado, y el ojo que veía daba testimonio de mí; porque yo libraba al pobre que clamaba, y al huérfano que no tenía quien le ayudara. Venía sobre mí la bendición del que estaba a punto de perecer, y el corazón de la viuda llenaba de gozo. De justicia me vestía, y ella me cubría; como manto y turbante era mi derecho. Ojos era yo para el ciego, y pies para el cojo. Padre era para los necesitados, y examinaba la causa que no conocía. Quebraba los colmillos del impío, y de sus dientes arrancaba la presa” (v29:11-17). No fue como los ricos opresores de ahora y de casi todas las épocas, sino defensor de los desvalidos. No sería difícil suponer que a este tiempo Job tendría entre 40-50 años de edad, o que por muchos años la providencia le había sonreído con creces, o le era justo concluir que debido a la constante y creciente prosperidad familiar, económica y piadosa que había tenido su futuro estaba más que asegurado.

Las misericordias del Señor fueron evidentes, continuas, y lógicamente las extendió al futuro, e imaginó un final sin adversidad. O le fue razonable y casi obligado a su lógica de humano pensar concluir con estas palabras: “Entonces pensaba: En mi nido moriré, y multiplicaré mis días como la arena.” (v18). “En mi nido moriré, y multiplicaré mis días como la arena,” esto es, moriré tal un pajarito en su cama. No tuvo nubes negras, ni vicisitudes. Vivió a pedir de boca. Se prometió a sí mismo tranquilidad y larga vida. Como concluyera Salomón en otro lugar: “Fuerza y dignidad son su vestidura, y sonrío al futuro”

(Proverbios 31:25). Esto pensó: Mi futuro está asegurado, no veré nublazón ni tropiezos. Pero la norma de vida no es la providencia, sino la Ley de Dios.

Su pensar en la prosperidad. Aun en la altura de su grandeza pensó en la muerte: “En mi nido moriré.” En la vida pudo escapar de muchos contratiempos y adversidades, pero estaba consciente que hay una hora de disolución, si sus posesiones fueron abundantes y continuas, aun así, un día debía dejarlas. Para el hombre del mundo, el sentido o aparición de la muerte es un pensamiento fastidioso, incomodo, indeseado, porque su tesoro está en esta vida, y carece de esperanza de un mundo mejor, por eso procura sacar con rapidez tal pensamiento de su cabeza. El mundano pone a un lado el día del mal, y se engaña a si mismo con el imposible de inmortalidad sobre la tierra.

En cambio el verdadero Cristiano lo mantiene en su mente: “Un día moriré.” Tal cual Job no piensa en la muerte sólo en tiempo de enfermedad o tribulación, sino también en la prosperidad. Lo piensa tanto cuando el mundo le sonríe, como cuando lo entristece. En su presente circunstancia confiesa de una manera u otra que es un extranjero y peregrino sobre la tierra. Dicho de otra forma, que la esperanza del Cristiano es por encima de su prosperidad y gozo en esta tierra, como está escrito: “Porque sabemos que si la tienda terrenal que es nuestra morada, es destruida, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos... Por eso, preferimos más bien estar ausentes del cuerpo y habitar con el Señor” (2 Corintios 5:1,8).

No obstante, es cierto que es más fácil mantener este estado de mente de la certeza del morir en un estado de aflicción que de prosperidad. La comodidad, la fama, los lujos, las diversiones y bellezas de las cosas terrenales son aquellas cosas que más estimulan ver la muerte como una pesada carga, aun cuando la razón nos diga que es una realidad inevitable. Como alguien ha dicho: “Estas son las cosas que hacen los hombres tan poco dispuestos a morir.” El Señor Jesús enseñó esta realidad con una parábola: “Diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes depositados para muchos años; descansa, come, bebe, diviértete” (Lucas 12:19). En relación a nuestras posesiones pensamos más en adornarlas que dejarlas. De construir una casa, que de comprar un nicho en el cementerio. Pensamos más en nuestra salud, que la posibilidad de una enfermedad. Aquí, pues, tomemos con seriedad la exhortación divina: “Y yo os digo: Haced amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando falten, os reciban en las moradas eternas” (Lucas 16:9). ¿Cómo hacemos amigos, el apóstol responde: “Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, generosos y prontos a compartir, acumulando para sí el tesoro de un buen fundamento para el futuro, para que puedan echar mano de lo que en verdad es vida” (1 Timoteo 6:18-19).

Todas las noches nos quitamos esta ropa, nos vestimos con la pijama y nos acostamos. Pero vendrá el día cuando la pijama a vestir será un ataúd o caja de muerto, y luego dormiremos con la ropa, no de este mundo, sino con la pijama de madera. Esa es tu segura realidad y la mía. Quiera, pues, la Gracia de Cristo visitarnos y sin

fingimiento podamos hacer coro con el salmista: “Señor, hazme saber mi fin, y cuál es la medida de mis días, para que yo sepa cuán efímero soy” (Salmos 39:4). Los cambios en nuestros cuerpo, en las cosas que nos rodean están trayendo de continuo un solo mensaje: “El tiempo es corto.”

Ahora oigamos la Voz del señor con relación a este asunto: “Mas esto digo, hermanos: el tiempo ha sido acortado; de modo que de ahora en adelante los que tienen mujer sean como si no la tuvieran; y los que lloran, como si no lloraran; y los que se regocijan, como si no se regocijaran; y los que compran, como si no tuvieran nada; y los que aprovechan el mundo, como si no lo aprovecharan plenamente; porque la apariencia de este mundo es pasajera... Sabiendo que mi separación del cuerpo terrenal es inminente, tal como me lo ha declarado nuestro Señor Jesucristo... El hombre, nacido de mujer, corto de días y lleno de turbaciones, como una flor brota y se marchita, y como una sombra huye y no permanece (1 Corintios 7:29; 2 Pedro 1:14; Job.14:1). Mas aun, si somos honestos, y nos examinamos encontramos sin dificultad, que no tenemos el poder de las piedras, ni nuestros huesos son de hierro; un diminuto virus fácilmente acaba con uno. Nuestro mejor estado en esta tierra no pasa de ser vanidad, o fácil puede deshacerse.

Por tanto, oremos con corazón sincero tal cual Moisés: “Enséñanos a contar de tal modo nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría. Vuelve, Señor; ¿hasta cuándo? y compadécete de tus siervos. Sácianos por la mañana con tu misericordia, y cantaremos con gozo y nos alegraremos todos nuestros días” (Salmos 90:12-14).

II. EN ESTA FRUSTRACIÓN DE JOB VEMOS ALGO DESEABLE

Pregunta: ¿Quién no desearía tener estas posesiones y vivir por largos días? ¿Quién no quisiera vivir cómodamente y poder decir como Job: “En mi nido moriré, y multiplicaré mis días como la arena”? Desearíamos poseer las riquezas que tuvo. De manera que los bienes terrenales, no solo son buenos, sino necesarios. Mas aun, las Escrituras nada saben de una religión fundada en la ruina de la humanidad, sino lo contrario, y así está escrito: “Dios nos da abundantemente todas las cosas para que las disfrutemos” (1 Timoteo 6:17), y en otro lugar es dicho así: “Claman los justos, y el Señor los oye, y los libra de todas sus angustias” (Salmos 34:17). La escasez y angustias no son deseables. El Creador nos hizo con cuerpo y alma, y a ambas les puso necesidades. Provee para el cuerpo y nuestras personas. Mas aun, en la propia Biblia encontramos hombres piadosos orando al Señor por bienes temporales, y su oración es recordada con honra y fuerte estímulo; un caso: “Jabes invocó al Dios de Israel, diciendo: ¡Oh, si en verdad me bendijeras, ensancharas mi territorio, y tu mano estuviera conmigo y me guardaras del mal para que no me causara dolor! Y Dios le concedió lo que pidió” (1 Crónicas 4:10); no vio necesidad ni angustias.

Pregunta: ¿Dónde reside el error en desear lo terrenal? En dos cosas, incondicionalidad, y prioridad, a saber.

El Error de la Incondicionalidad. Cuando pidamos por bienes terrenales o prosperidad económica, incluyamos en nuestra peticiones que sea conforme a la voluntad de Cristo, y de un real beneficio, que podamos disfrutarlas y usarlas como instrumentos de Gracia y salvación. A menudo no sabemos pedir como nos conviene, y pudiera ser que nos haga más daño si se nos conceda a que se nos niegue, o la negación sería de más beneficio. La mayoría de las veces no sabemos medir las implicaciones, influencias y consecuencias de lo que queremos, o simplemente lo queremos como lo querría un ser irracional cualquiera. Y si por hache o erre sabemos de las implicaciones lo sabemos de manera incompleta o imperfecta. Tampoco el cambio ha producir en nuestro carácter como cristianos. Oigamos al hombre sabio: **“Porque, ¿quién sabe lo que es bueno para el hombre durante su vida, en los contados días de su vana vida? Los pasará como una sombra”** (Eclesiastés 6:12). Que sea Dios y solo Dios quien decida por uno, lo cual sería nuestra sabiduría, beneficio e interés; más aun, nuestro deber como Creyente. Aplica aquí el consejo de un filósofo antiguo: *“Pídele a Dios que te de lo que es bueno para ti, aun si tú no lo hayas pedido, y que te libre de todo perjuicio, aun si en alguna irracionalidad tuya se te ocurre pedirlo.”* **En breve:** Que tus pedidos no sean incondicionales, sino de acuerdo a Su santa condición. Así: *“No se haga mi voluntad, sino la tuya.”*

El Error de la Prioridad. Enfoquemos la Escritura: **“Todo lo creado por Dios es bueno... Todo es lícito, pero no todo edifica”** (1 Timoteo 4:4; 1 Corintio 10:23). Las riquezas, el lujo, las comodidades, y otras tantas son buenas en sí misma. El dinero es bueno si es usado con justicia. Es bueno morir en su nido, o su cama, pero sería mejor morir en una prisión, aun si fuera el caso, si podemos decir como Simeón: **“Señor, permite que tu siervo se vaya en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación”** (Lucas 2:29).

Hoy vimos: Frustraciones de la vida en la historia personal de Job. Algo bueno en él fue, que en su mayor prosperidad consideró sobre su muerte, y que es algo deseable tener la prosperidad que tuvo, pero con la debida precaución, o evitando el error de la incondicionalidad, y la prioridad.

APLICACIÓN

1. **Hermano: Tu Salvador ha dejado una manera para escapar de las frustraciones.** Esta defensa es siendo sobrio en tus deseos y expectativa, o siendo humilde en tus deseos. Mire como David lo expresa: **“Señor, mi corazón no es soberbio, ni mis ojos altivos; no ando tras las grandezas, ni en cosas demasiado difíciles para mí, sino que he calmado y acallado mi alma; como niño destetado en el regazo de su madre, como niño destetado reposa en mí mi alma”** (Salmos 131:1). A diferencia de David muchos de nosotros erramos del lugar donde nos encontramos,

nos decimos estar próximo al Paraíso, y diariamente gastamos el tiempo tratando encontrar esa puerta para entrar. La Biblia lo dice una y otra vez: *“Tu y Yo estamos en este presente siglo malo.”* Y si tú crees que este mundo es un Paraíso, pronto descubrirás espinas, cardos, escorpiones y sequedad diciéndote que estás en un desierto. No creamos lo que dice y nos ofrece el mundo, pero Si creamos el testimonio de la Palabra de Dios, y creamos clamándole: *“Oh Dios, aumenta nuestra fe. Amén.”*

2. Amigo: Este mensaje también es para ti. Pienso, que sin proponerlo, entramos dentro de tu corazón, has sentido la verdad, la realidad la vida: Este es un mundo malo. Y me inclino a pensar que lo has creído y te ha sobrecogió temor.

Tú estas en un desierto. Por tanto, recibe la invitación que te hace Cristo: *“Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba. El que cree en mí... “De lo más profundo de su ser brotarán ríos de agua viva” (Juan 7:37).* Esto es para ti, ven, pues, ahora mismo al arrepentimiento.

AMÉN